

El rey está atrapado

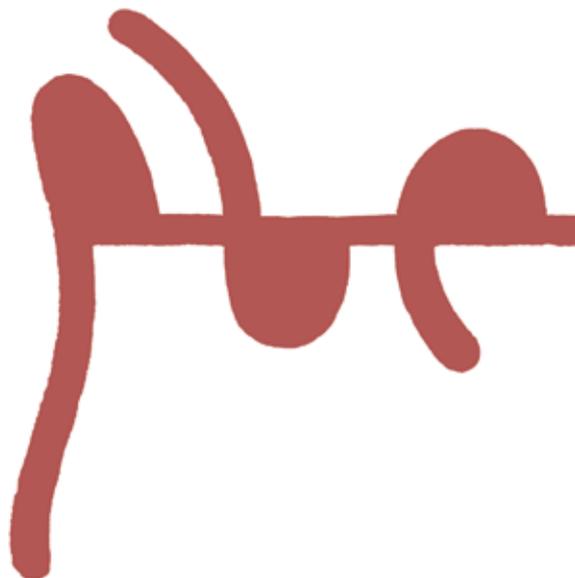
Verónica Gerber Bicecci



ESTUDIÉ ARTES VISUALES A FINALES de los años noventa, cuando la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado, la Esmeralda, ya se había mudado a Churubusco y Tlalpan. Recuerdo con cierto resentimiento y, en retrospectiva, con muchísimo asombro, que a pesar de que el siglo XXI comenzaría muy pronto, mi maestro de dibujo de imitación era un tirano con todo aquel que no demostrara un don para el trazo realista en el sentido más tradicional. El único ejercicio libre en todo el primer año de la carrera consistió en salir a los alrededores del Centro Nacional de las Artes para dibujar algún espacio durante las dos horas de clase, en lugar de hacerlo encerrados en el salón frente al modelo. Me acuerdo de haber ido directamente, y sin pensarlo siquiera, a la Plaza de las Artes a copiar el diseño de colores que formaban los azulejos de la fachada del Aula Magna José Vasconcelos porque había llamado mi atención desde el examen de ingreso. A la clase siguiente, en la revisión, el profesor esbozó un gesto reprobatorio al ver que en mi dibujo había solamente cuadrados del mismo tamaño en azul colonial, rojo y amarillo. Mi trabajo no sólo no era realista; tampoco era, ni por asomo, figurativo. Al parecer dos grandes e irreparables errores.

¿PODRÍAS ESBOZAR AQUÍ ALGUNOS
DE LOS PERSONAJES DE TU NOVELA?

Y VER CÓMO SE DESARROLLA...



La abstracción es, sin duda, uno de los retos más impresionantes que el artista le ha propinado a la imagen. Le otorga un aura misteriosa, un espacio no dicho; atrapa en el tiempo una perspectiva única del entorno. Más que designar o explicar, alude. La imagen abstracta es un ejercicio en el que se aísla conceptualmente un objeto, una propiedad o una idea para abrir su significado, en lugar de cerrarlo o especificarlo. Es un acto reflexivo cuya consecuencia es la ambigüedad. El lenguaje, por su parte, también es una abstracción, pero que se ha hecho convención, se ha estabilizado. “Cuchara” es “cuchara” aunque la palabra no se parezca al objeto que designa, y sólo es eso: “cuchara”. Esto quiere decir que el lenguaje es, paradójicamente, una abstracción figurativa. Tal vez sólo los grandes poetas y escritores han logrado hacer que el lenguaje pierda su naturaleza denotativa para, en su lugar, hacer derivas,

insinuar o evocar; procedimientos que mi profesor de dibujo habría censurado de forma tajante. Justifico este desvío: la búsqueda estética de Vicente Rojo en *Jaque mate* se desarrolla precisamente en estas coordenadas, en el cuadrante exacto donde lo abstracto de la imagen se intersecta con lo figurativo de la letra. La palabra se convierte en una lengua extranjera y el dibujo hace trampa, porque pone en duda al lenguaje.

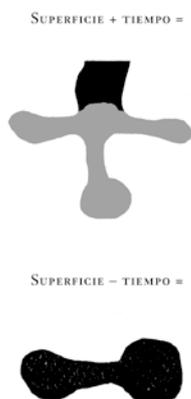
La conversación entre Vicente Rojo y Taller Ditoria es un ensayo sobre la escritura y la narrativa cuyas digresiones aparecen como gestos en tinta china. En cada una de las páginas de este libro podemos encontrar asociaciones de todo tipo. La palabra “intención”, por ejemplo, es una línea horizontal y la “intuición” una intersección asimétrica. Podemos entender la debilidad de la “o” como el espacio que ésta deja vacío en su centro y, al mismo tiempo, que su fuerza es la



de envolver. La representación de “ritmo” y “tiempo” aparece como una yuxtaposición de líneas sobre un plano; un cuadrado azul ocupando toda una página puede ser un sustantivo o un adjetivo, y la respuesta a qué es una idea parece una reja, una red o un tablero de ajedrez. *Jaque mate* abre ese espacio en el que la imagen y la palabra se confunden. Es la intersección —la coordenada— imposible en la que el mundo ya no puede descifrarse, traducirse o interpretarse de la misma manera, necesita de otro código. Cada parte, cada fonema, cada sílaba, cada línea es un átomo que puede moverse de lugar para convertirse en otra historia, en otra palabra, en otra cosa.

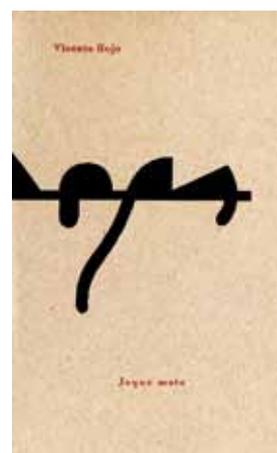


Entre quienes practican el ajedrez, *jaque mate* significa, literalmente, “el rey está atrapado”. En el libro de Rojo dos lenguajes aparentemente opuestos —la imagen visual y la palabra— dialogan como las piezas blancas y negras del ajedrez, que son idénticas y a la vez contrarias. Pero lo que ha quedado atrapado, lo que está acechado y a punto de desaparecer es la función del signo. En su advertencia, el libro lanza dos preguntas fundamentales: “¿dónde arraiga el signo [y] cómo actúa el significado”. En estas líneas aventuro una



tímida respuesta: el significado persigue y confronta sin tregua al signo, ese rey encapsulado. Y *Jaque mate* es la bitácora de la partida.

Conseguí pasar la materia de dibujo de imitación con seis porque había entregado todas las láminas y nunca falté a clase; el resto de mi desempeño, en las ambiguas palabras de mi profesor, fue “demasiado abstracto”. Acepté la nota porque no había diálogo posible. En esa clase cualquier estrategia distinta estaba coartada. Para él, si un dibujo dejaba de mostrar la realidad tal y como la vemos, perdía sentido. Y para mí —incluso cuando es absolutamente realista—, la imagen resulta inútil si mediante ella no es posible ver una perspectiva distinta de la realidad. Eso ocurría, por ejemplo, en el diseño abstracto del Aula Magna José Vasconcelos que, curiosamente, tiempo después supe que era obra de Vicente Rojo. En las páginas de *Jaque mate* el lector se enfrenta a un ensayo de largo aliento que nos revela la realidad desde otro punto de vista y desde otro lugar: la imagen. El libro no sólo nos compromete a leer de otra manera, también propone —mediante un alfabeto prácticamente desconocido— una forma distinta de escribir. ■■■



Vicente Rojo
Jaque mate
México, Taller Ditoria
(Colección Autoria, 8),
2010, s. p.